



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

Mayo - Junio 2025

Índice n° 3/2025

2	El ABC del cristiano	<i>W.J. Hocking</i>
10	Perseverancia en la oración	<i>E. Cross</i>
11	El perdón de los pecados	
16	Como os he amado	<i>H. Edelmann</i>
18	La salvación	<i>S. Labelle</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 6 del n° 2/2025)

Velar, orar, pelear

Velar y orar

Supongamos que supiéramos con certeza que un ladrón está constantemente observando nuestra casa, buscando robarnos lo que tenemos, o que personas sin escrúpulos, crueles y despiadadas están siempre al acecho para hacernos daño. ¿Qué haríamos? Estaríamos en todo momento en guardia. Tomaríamos todas las medidas necesarias para librarnos de esta situación, en lo posible.

Del mismo modo, el cristiano es exhortado seriamente en la Palabra a velar, no solo en ciertos días particularmente peligrosos, sino en todo tiempo, hasta llegar al cielo, cuando no habrá necesidad de hacerlo.

¿Por qué esta exhortación? Tal vez ni siquiera se trate de sus posesiones materiales, aunque de todas formas, no debería poner su corazón en ellas. Además, en cuanto dependa de él, está llamado a estar en paz con todos los hombres. Así, como ser humano, tendrá pocos enemigos.

Pero constantemente hay ladrones y enemigos que quieren robarle las riquezas de su fe, y buscan causarle daño espiritual de todas las maneras posibles. Por eso el Señor exhorta

con tanta insistencia a sus discípulos: “Velad y orad” (Marcos 14:38). Es también por la misma razón que los apóstoles aconsejaban a los creyentes a velar en todo tiempo.

Hay una serie de puntos a los que debemos prestar especial atención.

El diablo anda alrededor — como león rugiente

Pedro advirtió a los creyentes de la dispersión en Asia Menor: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8).

“El diablo... anda alrededor”, ¡ahora como en el pasado! Esto es motivo suficiente para hacer sonar la alarma y estar alerta hoy, mañana y todos los días. El diablo odia a los creyentes, la Iglesia de Dios en la tierra y su testimonio de la verdad. Quiere silenciarla. Es poderoso, puede reunir a los enemigos de la verdad para que se resistan a ella, e incluso provocar una persecución pública.

¿Qué deben hacer entonces los creyentes? ¡Precisamente velar y orar! Se trata de vigilar los peligros con una conciencia alerta. Con su rugido, el león quería asustar a estos creyentes, para que dijeran: «Esto no puede seguir así. Ya no podemos más proclamar la Palabra. Se ha vuelto peligroso dar testimonio del Señor Jesús. Nos trae persecución; cosechamos enemistad y desprecio, y perdemos nuestras posesiones e

incluso nuestras vidas». Esa reacción no hubiera sido buena. Los creyentes no debían velar por su propia vida, sino que se les exhortaba a hacerlo para resistir al diablo “firmes en la fe” (v. 9). Debían tener cuidado de que la preocupación por sus propias vidas no se convirtiera en una razón para dejar de difundir el Evangelio.

Este león también rugió en Jerusalén. Pedro y Juan habían sido seriamente amenazados “para que no hablen de aquí en adelante a hombre alguno en este nombre (de Jesús)” (Hechos 4:17). Pero, ¿qué hicieron estos valientes testigos? Vinieron a los suyos y oraron juntos: “Ahora, Señor, mira sus amenazas, y **concede a tus siervos que con todo desnudo hablen tu palabra...** Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con desnudo la palabra de Dios” (v. 29, 31). Habían velado y orado. Por lo tanto, fueron capaces de resistir al enemigo y sus malas intenciones por el poder del Espíritu Santo.

Hoy en día, en nuestras regiones, solo podemos oír débilmente el «rugido del león». El testigo fiel no arriesga su vida, ni la pérdida de sus bienes, sino solo un poco de vituperio por causa de Jesús... Pero, ¿es eso suficiente para que dejemos las armas o para que nos quedemos callados? ¿Dormimos alguna vez? ¡Eso sería impensable! Velemos, oremos y resistamos firmes a las

intenciones del enemigo. Entonces seremos como aquellos testigos fieles: “Ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (5:41).

El diablo anda alrededor — como una serpiente astuta

El diablo nunca duerme. Nuestro adversario está siempre despierto. Él “rodea la tierra” (Job 1:7) y “anda alrededor”. Él vigila a los creyentes como lo hizo con Job, y a través de siglos de experiencia, sabe cómo atraparlos. Para lograr su objetivo, puede cambiar su rostro. Si no puede conseguir lo que quiere siendo león rugiente, puede presentarse como un “falso profeta... con vestidos de ovejas” (Mateo 7:15) o una “serpiente” astuta. ¡Qué peligro para nosotros! ¿Cómo reaccionamos cuando nos encontramos con él?

La primera pareja había recibido el mandato divino de “labrar” y “guardar” el huerto de Edén (Génesis 2:15). No sabemos cuántos días lo hicieron fielmente, ni cuánto tiempo hubo en ellos confianza y temor de Dios, estando sus pensamientos dirigidos hacia este Dios creador que se les había revelado en su infinita bondad. Ah, cuando el corazón se aleja de él, ¡qué rápido se desvían los pies del camino de la obediencia a sus mandamientos!

El diablo entró en el huerto bajo la forma de una serpiente astuta

(cap. 3). No se le oyó venir. Vino cuidadosamente enmascarado. ¿Y a quién encontró? A una Eva y a un Adán que no habían estado velando. Consiguió torcer la Palabra de Dios y sembrar en sus corazones la desconfianza hacia Dios, así como el deseo de tomar el fruto prohibido. Los llevó a ambos a desobedecer el único mandamiento que Dios les había dado. ¡Qué terribles consecuencias tuvo su falta de vigilancia! Arrastraron a toda la raza humana a un abismo de pecado y corrupción. “Un poco de sueño, cabeceando otro poco, poniendo mano sobre mano otro poco para dormir; así vendrá como caminante tu necesidad, y tu pobreza como hombre armado” (Proverbios 24:33-34).

Pero por la gracia de Dios, el redimido está “en Cristo”, elevado del profundo abismo a los lugares celestiales. Se le ofrecen todas las bendiciones celestiales, bendiciones que van mucho más allá de lo que Adán conoció en sus días de inocencia (véase Efesios 1 y 2).

Satanás no puede robarle a ningún creyente estas bendiciones celestiales, ni siquiera al más joven o al más débil. Pero puede confundirlos y fascinarlos con falsas doctrinas, para que **dejen de disfrutar de estas bendiciones**. Y esto es lo que busca. Al hacerlo, perjudica la gloria de Dios, al propio redimido y a todos los que podrían haber sido bendecidos a través de él.

Así, nos enfrentamos continuamente a la “serpiente antigua” (Apocalipsis 12:9), a las “asechanzas del diablo” (Efesios 6:11). También en nuestras almas busca torcer la Palabra de Dios y perturbar la maravillosa relación de confianza y comunión con Dios.

Pero podemos fortalecernos en el Señor y en el poder de su fuerza. Tenemos la armadura de Dios. Si nos hemos vestido de ella y la usamos según Dios, podremos estar firmes contra las asechanzas del diablo.

La primera condición para ganar esta batalla sigue siendo la vigilancia: “**Estad, pues, firmes**” (v. 14), no «se deje llevar ni se duerma». La oración se menciona en este pasaje como la última pieza de la armadura: “**Orando** en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (v. 18). Una vez más, hay una necesidad urgente de **velar y orar**.

Vigilancia en cuanto a mí mismo

No solo tenemos un enemigo terrible **en el exterior**, que anda alrededor de nosotros buscando hacernos daño mientras no alcancemos la meta celestial. También tenemos un enemigo **dentro de nosotros**: la “carne”, la mala naturaleza, el viejo hombre. La **carne** no encuentra placer en la persona de Cristo, ni gozo en las bendiciones y cosas del cielo. Se opone al Espíritu de Dios en nosotros y no se sujeta a la ley de Dios. “Manifiestas son las obras de la carne, que son:... fornicación,

inmundicia, lascivia... celos... envidias... borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas” (Gálatas 5:19-21). La carne y sus deseos está en armonía con el mundo, así como con la vida, las acciones y las aspiraciones de los hombres que no han nacido de nuevo. Un cristiano que da lugar a la carne difiere poco o nada de un hombre de este mundo en su vida y actitud. ¡Qué infeliz es entonces!

Todos conocemos bien la maravillosa verdad de que “nuestro **viejo hombre** fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6). Sobre la base de este hecho consumado y definitivo, podemos considerarnos “muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (v. 11). Pero ¡cuán necesaria es la vigilancia incesante para poner esto en práctica en nuestro caminar diario entre los hombres y en medio de las tentaciones de este mundo!

La **vieja naturaleza** se presenta a menudo de una manera muy hermosa. Es como una manzana que parece deliciosa y apetitosa, pero que está estropeada por dentro. Cuántos cristianos inexpertos se dejan seducir por esta bella apariencia, para su propia pérdida.

Incluso Pedro, que había caminado con el Señor durante tres años y medio, fue engañado. Es cierto que amaba al Señor Jesús con toda sinceridad, y esto era sin duda un fruto

de la nueva vida en él. Pero creía que podía demostrar su amor por su propia fuerza, incluso en las condiciones más difíciles. El resultado fue bastante diferente de lo que había pensado. En el momento crítico, fracasó lamentablemente, y fue evidente que ¡su vieja naturaleza se agradó a sí misma a expensas de su amado Señor, llevándolo a negar a ese Señor para evitar el oprobio!

El Señor le había advertido (Marcos 14:27-31). Incluso en la terrible agonía en Getsemaní, Jesús pensó en el estado de este discípulo y le dijo a Pedro: “Simón, ¿duermes? ¡No has podido velar una hora? **Velad y orad**, para que no entréis en tentación” (v. 37-38).

¿Cómo podemos entonces protegernos contra nosotros mismos, contra este yo egoísta, orgulloso, impuro y necio? Vigilando y estando en guardia en oración, sin perder de vista que “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24).

Pero si eso fuera todo, no sería suficiente. Solo sería el lado negativo. Se nos exhorta a algo más: “**Andad en el Espíritu**, y no satisfagáis los deseos de la carne” (v. 16). El Espíritu Santo, que mora en nosotros, quiere alimentar y llenar nuestra alma y nuestra mente con Cristo. Así busca producir en nosotros “el fruto del Espíritu” (v. 22) y conducirnos al servicio que el Señor quiere confiarnos.

Un hermano mayor solía decir: «¿Sabe quién me ha dado más trabajo en mi vida?» Como respuesta, citó su propio nombre. Afortunadamente, el Señor nos ha permitido vivir la preciosa certeza: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

El mundo nos impide esperar al Señor

Todos sabemos que el Señor Jesús “que había amado a los suyos” nos ha dejado una promesa clara: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 13:1; 14:3). En las epístolas inspiradas, el apóstol Pablo describe todos los detalles de esta esperanza bienaventurada, y al final de la Palabra, el Señor repite una vez más esta certeza: “Ciertamente vengo **en breve**” (Apocalipsis 22:20).

¡Pero qué extraño! Durante muchos siglos el cristianismo perdió esta preciosa promesa. Solo en el siglo 19 volvió a salir a la luz. Sucedió exactamente lo que el Señor había predicho en la parábola de las diez vírgenes (Mateo 25:1-13); las vírgenes, imagen del cristianismo, se adormecieron todas y se quedaron dormidas, incluso las cinco que tenían aceite en sus vasijas. Solo se despertaron cuando oyeron el llamamiento: “Aquí viene el esposo” (v. 6).

Así que conocemos bien esta verdad. Pero ¿está presente en nuestro corazón cada día como un acontecimiento esperado que nos llena de felicidad, y caracteriza y determina toda nuestra vida aquí en la tierra?

Si hemos de responder negativamente, es porque una vez más nos hemos sentado en un banco a adormecernos. Este estado de somnolencia espiritual se debe, sin duda, a que estamos demasiado vivos y celosos de las cosas **terrenales**, y a que nos hemos **instalado en la tierra** para pasar los “setenta” u “ochenta” años de nuestra vida (Salmos 90:10). Hemos colgado la capa de peregrino y nos hemos puesto el traje del país. Hay algo que no funciona cuando nos sentimos en casa en el mundo que ha rechazado al Señor. En tal estado, no podemos dar un buen testimonio de Él, ni podemos ser de ayuda a los hijos de este mundo. Tampoco podemos ser verdaderamente felices.

En relación con esto, el Señor dice: “**Velad, pues**, porque no sabéis el día ni la hora” (Mateo 25:13). Debemos asegurarnos de que esta esperanza no se desvanezca nunca de nuestros corazones, ni disminuya. “Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba...” (Colosenses 3:1-2).

No solo velar, sino también orar

Cabe señalar que en la mayoría de los pasajes no solo se nos llama

a velar, sino también a **orar**. El que vigila **tiene** los ojos abiertos y reconoce si el enemigo malvado y poderoso se muestra como un león rugiente o una serpiente astuta. Además, el vigilante es muy consciente del grado de perversión de la carne en su interior, así como de la gran fuerza de atracción que el mundo ejerce sobre él cuando su corazón no está completamente orientado hacia Cristo.

Esto le llevará a orar “siempre” (Lucas 18:1) y “sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17), a buscar la ayuda de Aquel que nunca nos rechazará. Para cada paso del camino, desde nuestra conversión hasta la meta celestial, tenemos a nuestra disposición la gracia de Dios en medida superabundante. Pero debemos **acercarnos** al trono de la gracia con confianza, para que **podamos recibir misericordia y encontrar gracia para la ayuda en el momento oportuno** (Hebreos 4:16). Si rara vez nos acercamos al trono de la gracia y somos negligentes en la oración, es una prueba de que nuestros ojos no están lo suficientemente abiertos para ver los grandes peligros y los malvados enemigos que nos rodean. También significa que conocemos poco nuestra propia debilidad.

Nuestra vida de oración personal

Un hermano escribió:

«Cuando fui guiado al Señor hace más de cincuenta años, leí muchas

biografías de famosos hombres de Dios y descubrí que eran hombres de oración. Lo que más me llamó la atención fue el valor y la importancia de la oración perseverante en secreto. Me di cuenta de que tenía que dedicar mucho tiempo a esto. Estas horas fueron para mi alegría y de gran utilidad a lo largo de los años.

Las tareas y exigencias de la vida aumentaron, y ya no me era posible dedicar tanto tiempo a la oración. Pero a lo largo de mi vida como cristiano, me sentía infeliz y reprendido cada vez que descuidaba la oración. Más que eso, me di cuenta de que yo mismo estaba perdiendo mucho con esta negligencia, y que estaba dañando mi bienestar espiritual.

Doy gracias a Dios porque ahora puedo volver a dedicar más tiempo a la oración. Antes me levantaba muy temprano para orar, pero ahora mis fuerzas físicas no me lo permiten. Las horas quietas de la noche son de momento las mejores para mí. Voy a una habitación tranquila, y primero me siento un rato para ser realmente consciente de la presencia del Señor. Entonces, con gran reverencia, pero con total confianza, puedo presentar a Dios en el nombre del Señor Jesús todo lo que está en mi mente en ese momento, sobre mis parientes, amigos, hermanos en la fe, siervos de Cristo, y todo esto con peticiones precisas y detalladas. Los menciono a todos por su nombre, y también traigo cada una de mis necesidades.

Soy muy consciente de que todos los creyentes somos diferentes entre sí, tanto física como intelectualmente, y que no todos podemos actuar de la misma manera. Pero estoy convencido de una cosa: el descuido de la oración personal y de la comunión en lo secreto con Dios es causa de la **decadencia espiritual**.

Las peticiones espontáneas que podemos hacer a Dios a lo largo de nuestros días son importantes, pero no pueden sustituir los momentos fijos de oración.»

Pedir dirección de Dios

El Señor Jesús enseñó que debemos “orar siempre y no desmayar” (Lucas 18:1). Muchos creyentes comienzan a orar con celo, pero no perseveran según Colosenses 4:2. La oración cristiana debe ser un hábito normal y no una experiencia ocasional. El creyente está en una continua batalla espiritual, y una de las armas más efectivas de su armadura espiritual es el hábito de orar “con toda oración y súplica en el Espíritu... velando en ello con toda perseverancia” (Efesios 6:18).

De hecho, necesitamos la ayuda y la guía de Dios en todo momento. No sabemos lo que tenemos delante, no somos capaces de hacer juicios fundados en las circunstancias en las que nos encontramos, ni tampoco de soportar nuestra capacidad para afrontar la realidad. Debido a esta ignorancia y

debilidad, necesitamos que se nos diga exactamente lo que debemos hacer y qué camino debemos tomar para andar en los pensamientos de Dios. A través de la oración nos ponemos ante Dios, nuestro Padre todopoderoso y sabio, para obtener la sabiduría y la fuerza que necesitamos para nuestras luchas, día tras día. Dios escucha esas oraciones, y cuando corremos el peligro de desviarnos a la izquierda o a la derecha, oímos una voz que nos dice: “Este es el camino, andad por él” (Isaías 30:21). Así, a través de la oración, llegamos a discernir el camino de Dios que siempre es el mejor para nosotros.

La vida de David nos enseña varias lecciones útiles sobre la necesidad de buscar la guía divina. Tanto cuando huyó de sus enemigos como cuando se sentó en el trono de Israel, David cometió serios errores y cayó así en graves pecados. Fue culpable de estas fallas, pues descuidó preguntar a Dios e hizo planes según su propio entendimiento, o escuchó la recomendación de malos consejeros. A menudo se desviaba, pero Dios lo volvía a traer al buen camino. Estudie la vida de David bajo esta luz y le ayudará. En los salmos canta a menudo sobre la importancia y la bendición de seguir los caminos de Dios en oposición a los del hombre. En el Salmo 25, por ejemplo, dice como una oración: “Muéstrame, oh Señor, tus caminos; enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú

eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día” (Salmo 25:4-5). Después de esta petición para ser dirigido en los caminos y senderos divinos, dice: “Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera. Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad” (v. 9-10). Y en otro lugar el salmista escribe: “Enséñame, oh Señor, tu camino, y guíame por senda de rectitud a causa de mis enemigos” (27:11). Estoy seguro de que en el fondo de su corazón usted quiere ser conducido por caminos que Dios mismo aprueba y señala.

En relación con esto, me gustaría citar algunos pensamientos de una carta cuyo tema es la obediencia a la voluntad de Dios en las cosas cotidianas.

«Creo que un principio importante en la vida es actuar según las exigencias del momento, pero al mismo tiempo esforzarse por tener una visión general de lo que está por venir. Haga los mejores planes posibles para el futuro, pero prepárese a abandonarlos en cualquier momento si aparece algo más conveniente. Por «conveniente» me refiero, por supuesto, a algo que parezca corresponder aún más a la voluntad de Dios, la cual todo verdadero creyente busca cumplir.

Es importante no olvidar que Dios, como un gran comandante, elige él mismo a sus colaboradores. Determina la tarea particular de cada uno de sus siervos, y hace arreglos

detallados para cada uno de ellos y para todos los que tienen parte en su obra universal. Por lo tanto, practique ser un buen soldado de Jesucristo. Ármese con un buen conocimiento de la verdad que hay en él. Esté siempre listo para actuar; pero recuerde también que el momento preciso de la acción, y la naturaleza del propósito de la misma, dependen enteramente de las instrucciones de su comandante. Es Él, y no usted, quien debe disponer de todos los servicios cristianos.

Recordar estas verdades básicas no debe desanimarle a actuar, y mucho menos disuadirle de hacerlo. Estas verdades contribuyen a la autodisciplina que, como sabemos, permite a cada creyente desarrollar una obediencia como la de Cristo. He conocido obras cristianas que se hicieron con gran dedicación y abnegación, y que al principio tuvieron mucho éxito; pero pronto, al tomar un camino equivocado, terminaron en un desastre. Si miramos hacia atrás, podemos ver lo que no era visible al principio: por un lado, faltaba la meta correcta, y por otro, la alta guía del Espíritu Santo, que caracteriza todo progreso en el campo de actividad del Señor.

En vista del peligro de deshonorar al Señor con tal fracaso, es necesario que todo siervo de Cristo tenga el mayor cuidado de no confundir su propia voluntad con la de Él. A menudo debe haber un gran trabajo

en nuestros corazones para llevarnos a distinguir la una de la otra. Debemos condenar sin piedad a la primera, y esperar pacientemente a discernir la segunda. Y que nuestro lema sea siempre: “El obedecer es mejor que los sacrificios” (1 Samuel 15:22) o el servicio.

Cuán necesaria es la oración que asciende perseverantemente a Dios para obtener su guía. Por eso, haga suya la sencilla y seria petición del salmista: “Enséñame a hacer tu voluntad” (Salmo 143:10). Añada a todos sus pensamientos y planes la siguiente condición: “Si el Señor quiere” (Santiago 4:15)».

W.J. Hocking
(Continuará)

Perseverancia en la oración

“Perseveraban en... las oraciones” —es la cuarta cosa que los cristianos hacían al principio (Hechos 2:42).

Pero, ¿cómo se compara esto con su vida de oración? ¿Ha sido descuidada? ¿Es usted como los laodicenses, que probablemente no oraban porque consideraban que no tenían necesidad de nada (Apocalipsis 3:17)? Seguramente ninguno de nosotros puede decir que no tiene necesidad de

algo del Señor. Todos reconocemos que necesitamos su poder para servirle día a día. Qué cosa tan extraña es que un cristiano no ore.

Pablo no cesaba de orar (Colosenses 1:9). En otras palabras, había una constancia en su vida de oración. Tal vez le parezca difícil orar, y diga : «Intenté orar durante una hora una vez, pero al cabo de unos cinco minutos estaba pensando en mi perro, y luego en la compra, y después en los niños, en el fútbol... y me rendí porque no pude orar una hora». Bien, hay un remedio muy práctico para esto: empezar con oraciones cortas. Ore hoy durante dos minutos, empezando quizás con: «Señor, soy yo otra vez. Siento haber descuidado la oración. Por favor, ayúdame. Amén». Acostúmbrese a hacer oraciones breves: son mejores que no orar. Entonces, después de un corto tiempo, encontrará que el Señor le dará la gracia de orar durante cinco minutos, luego diez y así sucesivamente.

Pero además de la oración personal, la oración colectiva en la iglesia es muy importante: esto es lo que los creyentes hacían juntos en Hechos 2:42. No descuide la reunión de oración, que es tan importante como la cena del Señor. En ella manifestamos de manera especial nuestra dependencia de Dios. Si se quiere dar expresión a lo que es la iglesia, no solo es alabanza y adoración, sino también dependencia por medio de la oración.

Cuando ore, sea sincero en sus expresiones. Debemos orar con seriedad y verdad, diciendo: «Señor, esto es lo que necesitamos», y luchar en oración, para que tengamos realidad en nuestra vida cristiana. La práctica al principio era continuar firmemente en la oración. No decían: «Esa no fue una gran reunión de oración; no volveré a ir», sino que perseveraban en la oración.

A los jóvenes: No dejen de ir a la reunión de oración, y participen en las oraciones. Ustedes, hermanos, pueden decir: «Nunca tengo la oportunidad de orar: los hermanos mayores ocupan todo el tiempo». Bueno, eso me pasaba a mí cuando era más joven, pero podía decir «amén» al final de cada oración. Estar presente en la reunión de oración también le pondrá bajo la atmósfera y la influencia de hombres piadosos que están orando y le mostrarán cómo oran, utilizando las Escrituras al hablar con Dios sobre Su voluntad. ¡Cómo se enriquecerá su vida cristiana! No hace falta expresarse en forma audible. Mientras está de rodillas, solo diga en voz baja al Señor: «Escucha mi oración». El Señor oirá la oración de todo corazón sincero.

La reunión de oración es también para las hermanas. Usted, como hermana, puede pensar: «Oh, esos hermanos oran mucho tiempo» o, «se oró sobre eso la semana pasada y la anterior», pero los hermanos pueden tener verdaderas cargas sobre las

cosas del Señor o algún asunto en particular. Ore junto con los hermanos y anímelos en sus oraciones con un sincero «amén». Por eso mismo decimos «amén» juntos: El hermano que ora, es un siervo en la iglesia, y esta muestra que tiene un solo corazón y mente al decir «amén». Tal vez las hermanas podrían decir: «Nosotras no oramos», pero sí lo hacen —o deberían hacerlo— diciendo «amén», manifestando así que la oración del hermano es la suya también. Oh, qué podamos ser verdaderamente hermanos y hermanas de oración.

E. Cross

El perdón de los pecados

Nada puede ser tan mal comprendido por la mayoría de las personas que profesan el cristianismo como el perdón de Dios, el perdón de los pecados.

En particular dos clases de personas se equivocan con respecto a ello.

Unos piensan que Dios es tan bueno que al final pasará por alto todo lo que hicieron.

Para estas personas, la bondad de Dios es tan grande que lo haría indiferente al pecado, de manera

que perdona todo. Olvidan que Dios es también justo y santo, y que los hombres le darán cuentas de sus palabras y de sus actos: “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mateo 12:36); “en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio” (Romanos 2:16); “porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Efesios 5:6); “He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Judas 1:14-15); “y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20:12).

Los otros, al contrario, sinceros, trabajados, sintiendo que sus pecados los condenan delante de Dios, piensan, ahora que se ven en su luz, que Él es demasiado justo para poder perdonar a criaturas tan malas. Frente a estas personas Dios actúa; no las deja en ese estado. Ellas aprenden por el Evangelio que Dios es justo, es amor y perdona por medio de Jesucristo, su Hijo, el Salvador. Y, justamente, son estas personas para las que es importante comprender lo que es el perdón de Dios.

Sin duda, Dios perdona porque es bueno, pero su bondad y amor solo pueden tener libre curso al ser satisfecha su justicia contra el pecado por la obra expiatoria de Cristo. Así, la terrible deuda contraída hacia Dios, siendo plenamente remitida por la muerte del Salvador, muestra que Dios es justo librando a todo aquel “que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26). Entonces el creyente no es solamente perdonado sino también justificado. Es porque Dios es justo que él perdona todos sus pecados a aquel que cree en Jesús. Es muy importante comprender que el perdón de Dios, tal como nos lo enseña el Evangelio, deriva de su justicia y no de esa pretendida bondad que no se preocupa del mal.

La bondad, el amor de Dios, dio al Salvador, pero este sufrió sobre la cruz todo lo que nuestros pecados merecían. “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él” (Isaías 53:5); “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Fue hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). Murió una vez para llevar los pecados de muchos, y Dios no se acuerda más de sus faltas ni de sus iniquidades (Hebreos cap. 9 y 10).

¿Y qué hace Dios cuando creo en Aquel que hizo todo por mí? Dios me justifica, me perdona todo, ¿y por qué? Porque Cristo pagó todo.

Entre Dios y Cristo se trata de justicia, de perdonarme y justificarme. Pero entre Cristo y yo, al igual que entre Dios y yo, se trata de gracia. Él lo pagó todo cuando yo era insolvente y arruinado. A partir de ese momento Dios es justo al justificarme, ya que creo en Cristo quien pagó todo por mí.

Ilustremos esta verdad con una comparación simple: Debo diez mil pesos a mi acreedor, pero estoy arruinado y no puedo pagarle ni un centavo. Él exige cobrar, de lo contrario voy preso hasta la extinción de mi deuda. Pero un benefactor se compadece de mí y, sin decírmelo, va a pagar la deuda completa a mi acreedor quien le da un recibo. Mi benefactor me lo trae diciendo: tuve piedad de ti, pagué por ti. ¡Aquí tienes el justificativo! Cuando mi acreedor, después de recibir el monto, dio el recibo a mi benefactor ¿fue un acto de gracia o de justicia para este último? Es un acto de justicia. Pero el recibo dice: «Recibido de..., a cuenta de...». ¿Entonces cuando mi benefactor viene a traerme este recibo, es para mí un acto de justicia o de gracia? Es un acto de pura gracia; él no me debía nada, se puso en mi lugar. Además, por su medio, mi acreedor es justo teniéndome como absuelto de manera que soy justificado delante de él por haber sido su deudor. Querido lector ¿es sobre esta base que tengo la paz con Dios! Pero el Evangelio nos enseña que es

nuestro acreedor quien nos procuró el benefactor. Y este, por su lado, pagó con su propia sangre para anular nuestra deuda.

Puedo decir, con toda reverencia, que Dios le debe a Cristo el justificarme si tengo fe en Jesús. Entre Dios y Cristo es cuestión de justicia; entre Cristo y yo es cuestión de gracia. Pero también entre Dios y yo es gracia y amor: ¡me procuró ese Salvador!

Toda acción que Dios hace es necesariamente una acción de justicia, si no fuera así, se negaría a sí mismo. Así Dios tuvo que cumplir un acto de justicia al justificar a aquel que cree en Jesús; así como hará un acto de justicia al precipitar al lago de fuego a aquel que se encontrará con la deuda de los pecados en su cuenta, en el terrible momento en que se abrirán los libros cuando aquellos que comparecerán delante del trono serán juzgados según sus obras (Apocalipsis 20:11-15).

Dios no hace daño a mi vecino al perdonarme y justificarme porque creo en Jesús; y, cosa maravillosa, no se hace daño a sí mismo tampoco.

Si la pretendida bondad de Dios guarda en silencio el mal que hice, y por esta especie de perdón me introduce en el cielo, pero al mismo tiempo juzga a mi vecino según sus obras y lo precipita al infierno ¿es Dios justo? ¡No! Sin embargo, así es comprendida la salvación en general. Si tal es el perdón de Dios, ¿qué necesidad hay de un Salvador?

El hecho que fue necesario un Salvador que diera su vida en rescate por muchos, prueba que Dios no puede perdonar a la manera de los hombres.

Otros pretenden que Cristo, al venir a morir en lugar de los pecadores, serán todos salvos, sin creer en él. La Palabra no conoce tal Evangelio. Como lo vamos a ver, el verdadero Evangelio no se dirige a un incrédulo diciéndole primero «Cristo llevó todos tus pecados» y luego «solo tienes que creer y todo está bien».

Hemos visto que Dios perdona a aquel que cree en Cristo, porque en efecto Cristo pagó todo. Pero ¿pagó la deuda de aquellos que no creen y mueren en su incredulidad? No, estos tendrán finalmente sus pecados en su propia cuenta delante de la justicia de Dios. Si hubiesen aceptado que Cristo pagó su deuda, Dios sería injusto al juzgarlos según sus obras.

¿Qué dice entonces el verdadero Evangelio? Dice que ahora la justicia de Dios (la que justifica) es manifestada, y que es por la fe en Jesucristo para todos los que creen (Romanos 3:21-22). “Para todos”, es la intención; aquí nadie es excluido. “Todos los que creen”, es la aplicación por medio de la fe. En otro lugar está dicho que Cristo “murió por todos”, porque todos están muertos (o estaban muertos) en sus delitos y pecados, “para que aquellos que viven, ya no vivan para

sí” (2 Corintios 5:14-15). Todos no viven, aunque la muerte de Cristo sea para todos. No todos quieren a un Cristo que los ama, pero los que viven son el resultado de esta muerte de Cristo por todos. Lo recibieron, creyeron en él, y nacieron de nuevo (véase Juan 1:12-13).

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (no para que el mundo no perezca), sino para que “todo aquel que en él cree, no se pierda” (Juan 3:16). El “todo aquel” no excluye a nadie, y el que “en él cree” indica la necesidad de la fe de cada uno.

Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores; pero estando allí para eso, debió decir a la mayoría de ellos: “No queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

Está escrito que “Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres sean salvos”, y que Jesús “se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:3, 6). Pero no todos lo quieren, odian a ese Jesús que se entregó a sí mismo en rescate por todos. La Palabra está llena de confirmaciones de este tipo.

Aún una comparación: todos los habitantes de un pueblo están en la ruina, van a ser desposeídos de lo que les queda; pero un rico benefactor viene a traer al alcalde una suma de dinero suficiente para pagar la deuda de cada uno. «Tome, le dice, el dinero necesario para liberar a todas esas pobres personas. ¡El que

firme este documento recibirá lo que necesite!» ¡Lamentablemente muchas de estas personas arruinadas son demasiado orgullosas para poner sus nombres y manifestar así su propia bancarrota; perdiendo la posibilidad ofrecida de no tener más deudas!

Sucede lo mismo con lo que hizo Cristo al morir por todos.

Cristo es “la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). En virtud de esta verdad, el Evangelio llama a todos los hombres sin excepción: «Vengan, dice; Dios es propicio por el sacrificio de Cristo; no serán rechazados; ¡vengan!» Hay quienes escuchan, vienen, sienten que son afectados por esta misericordiosa invitación y creen verdaderamente en Cristo el Salvador. El Evangelio continúa: «Sepan ahora que Cristo vino del cielo expresamente para quitar todos sus pecados. Fue el sustituto sobre la cruz, pagó todo por ustedes, Dios es justo al justificarlos, porque tienen la fe en Jesús. Sepan que todo el valor de la obra de Cristo viene a ser ahora propiedad de su fe. ¡Ustedes han sido lavados de todos sus pecados y están limpio para el cielo!»

Esto es lo que la Palabra nos enseña sobre la substitución en contraste con la propiciación. La propiciación es para todos los hombres y la substitución es exclusivamente

para los creyentes. Es muy importante distinguir esto al predicar el Evangelio.

Habría mucho para agregar en cuanto a los creyentes, con respecto a los consejos de Dios para ellos, en Cristo, y de su nueva posición delante de Dios en él; pero debemos detenernos.

Sin embargo, ustedes los que creen, regocíjense, porque están ante Dios, en cuanto al perdón y justificación de sus pecados, sobre la base de lo que las palabras siguientes expresan: Dios es “el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26).

Y ustedes, lectores que no creen en Cristo el Salvador, o que piensan no tener necesidad de un Salvador, recuerden que “el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). Se encontrarán privados de la salvación, teniendo sus pecados en su propia cuenta delante del gran trono del juicio (Apocalipsis 20:11-15). Hoy Dios dice: «¡Vengan, crean, y sean salvos!», delante del gran trono dirá: «¡Vayan, sufran la pena de eterna condenación por sus pecados, ya que menospreciaron mi salvación!»

Vengan pues a Cristo hoy como Salvador de los pecadores, para evitar comparecer en un día futuro delante de él como el Juez de los pecadores.

Le Messenger Évangélique

Como os he amado

Juan 13:34-35

Un mandamiento nuevo

Poco antes de su crucifixión, el Señor Jesús junta a sus discípulos alrededor de él en un aposento alto. Con mucha delicadeza les hace saber que pronto subirá al Padre, donde no podrán seguirle. Va a suceder como ya se los había dicho antes. Él sabe perfectamente lo que hay en sus corazones; conoce sus temores y la soledad en la que en breve se encontrarán. Se dirige a ellos con ternura y compasión, usando por primera vez la expresión “hijitos” (Juan 13:33). Observando bien esta escena, vemos que el Señor desea introducir a sus discípulos en una nueva relación los unos con los otros. Por el lavamiento de los pies que acaba de hacer, les hace comprender cómo se puede mantener y restablecer el disfrute de su relación con él. Luego les dice: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (v. 34-35).

Durante varios años los discípulos habían vivido la experiencia del amor incomparable de su Maestro. Ahora que los dejaba, sus relaciones mutuas debían ser marcadas por

el carácter único de este amor. Por eso les da este nuevo mandamiento. Tiene toda su fuerza en lo que se refiere a la familia de Dios hoy.

Los caracteres de este mandamiento

El mandamiento de amarse el uno al otro ya se encontraba en la ley de Moisés. Estaba escrito: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Levítico 19:18). Lo que era nuevo es el modelo indicado: debemos amarnos los unos a los otros como el Señor Jesús nos amó y no como nos amamos a nosotros mismos. Es un amor de otra calidad. Es exento de egoísmo y llega hasta el dar la vida. “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3:16).

Lo que también es nuevo es que el creyente tiene la capacidad y la fuerza de poner en práctica este mandamiento, si utiliza los recursos divinos que tiene a su disposición. La ley exigía que el hombre hiciera algo para obtener la vida: “Guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos” (Levítico 18:5). En lo que concierne al mandamiento que da el Señor es exactamente lo contrario. Recibimos una vida nueva, y su naturaleza se caracteriza por el amor. Para esta vida el amor es algo natural. “Amados, amémonos unos a otros; porque el

amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:7-8). Nuestro amor muestra que somos nacidos de Dios.

Además, “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). El Espíritu Santo, que es el poder de esta vida nueva, lleva nuestras miradas y pensamientos sobre el Señor Jesús. Es así como aprendemos lo que él desea ver en nosotros. Sus mandamientos son la expresión de su voluntad y nos trazan un camino según Dios. Cuando los ponemos en práctica, nuestra vida se parece a la suya y nuestro amor al de Él. Es por esta obediencia que mostramos que le amamos: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21).

Como Él nos amó

El Señor coloca a sus discípulos en una relación mutua, caracterizada por su amor. Ellos deben amarse unos a otros como él los amó. Es mucho más que simpatía o afinidad. El amor que el Señor mostró tiene las cualidades descritas en 1 Corintios 13: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se

envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor... todo lo sufre... todo lo soporta” (v. 4-7). Si nos amamos así, la felicidad está garantizada, siendo un testimonio para los que nos observan.

El apóstol Pablo dice del amor que es “el vínculo perfecto” (Colosenses 3:14). Este vínculo une a los creyentes siendo muy diferentes los unos de los otros, independientemente de las simpatías o afinidades que pueden tener. Cada uno se esfuerza en amar y servir poniendo en práctica el amor con el cual Jesús amó y sirvió a los suyos. Nuestro Señor estaba rodeado de discípulos que a veces manifestaban dureza, debilidad, incredulidad, incompreensión, etc. A pesar de ello los amaba a todos perfectamente. Su amor se mostraba, particularmente cuando cometían errores poniendo en evidencia sus debilidades; entonces los atraía hacia él para enseñarles y corregirlos. Con espíritu de sacrificio y en busca de su propio bien, los amaba a todos, oraba por ellos, se daba a ellos. Finalmente se entregó a la muerte por todos. Su mandamiento es que manifestemos este amor entre nosotros.

¿Nos servimos todos los unos a los otros para hacernos bien? ¿O hay tal vez algunos hermanos y hermanas que evitamos porque no nos son simpáticos, o quizás nos decepcionaron o hirieron? Tengamos cuidado, el diablo hace todo lo posible

para arruinar “el vínculo perfecto”. Pensemos a menudo en el mandamiento del Señor de amarnos unos a otros como él nos amó. “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13).

Una señal que el mundo puede reconocer

Si observamos el comportamiento de los hombres en el mundo, no encontramos los caracteres del amor divino sino más bien de lo que está anunciado en la segunda epístola a Timoteo, sobre “los postreros días” (2 Timoteo 3:1-5). El egoísmo, el orgullo, el carácter implacable, la crueldad, la desobediencia... etc. Los afectos son deformados y transformados en deleites contra naturaleza. Seamos muy vigilantes porque Satanás intenta que hagamos como el mundo.

Es en tal ambiente que tenemos que poner en práctica el amor que el Señor Jesús nos enseña. La familia de la fe debe caracterizarse por este amor. Si amamos a nuestros hermanos y hermanas como el Señor nos amó, buscaremos su bien espiritual y estaremos atentos a las necesidades de sus almas. Oraremos por ellos. Los amaremos, no “de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18). La fuerza para amar de esta manera la encontraremos sumergiéndonos en el océano del amor de nuestro Salvador.

Este amor práctico podrá llamar la atención de aquellos que nos rodean y reconocer que somos los discípulos de Jesús. Es también a este testimonio frente al mundo, al que el Señor se refería cuando dio su mandamiento nuevo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35). Si lo realizamos fielmente, él es glorificado.

H. Edelmann

La salvación

“La salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1 Pedro 1:5) es distinta de “la salvación de vuestras almas” (v. 9). Esta última, ya la tenemos, y por eso no es algo que debemos esperar. Lo que queda por ser revelado es la plenitud de la obra del Señor: recibiremos nuestro nuevo cuerpo y estaremos glorificados con Cristo, la tierra estará liberada de la esclavitud, Satanás y sus huestes habrán sido quitados de la tierra (Mateo 25:41; Apocalipsis 20:1-3, 10), reinaremos con Cristo en su reino de justicia y de paz. Mientras tanto, esperamos, regocijándonos de antemano, por la fe, de la perspectiva gloriosa que el apóstol Pedro pone ante nosotros.

S. Labelle

Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él.

Isaías 53:5

Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.

Mateo 25:13

Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios.

1 Sam. 15:22

Perseveraban... en las oraciones.

Hechos 2:42

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor.

1 Corintios 13:4-5

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
